



LOREN





Cecilia Orueta

LOS PAISAJES ESPAÑOLES  
DE PICASSO



© De las fotografías: Cecilia Orueta  
© De los textos: sus autores  
© De esta edición: Nórdica Libros, S. L.

Avenida de la Aviación, 24, bajo P - CP: 28054 Madrid  
Tlf: (+34) 917 055 057 - [info@nordicalibros.com](mailto:info@nordicalibros.com)  
[www.nordicalibros.com](http://www.nordicalibros.com)

Primera edición en Nórdica Libros: septiembre de 2018  
ISBN: 978-84-17281-70-0  
Depósito Legal: M-27827-2018  
IBIC: AGB

Impreso en España / *Printed in Spain*  
Impreso en Gráficas Brizzolis

Corrección ortotipográfica: Victoria Parra y Ana Patrón

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Cecilia Orueta  
LOS PAISAJES ESPAÑOLES  
DE PICASSO

Textos de  
Rafael Inglada  
Manuel Rivas  
Julio Llamazares  
Eduard Vallès  
Eduardo Mendoza  
Jèssica Jaques

Nørdicalibros

*Para Julio padre y Julio hijo.*

*A José Manuel Navia, Carmen Martín Eizaguirre  
y Marta Martín Emaldi, que me hicieron creer que sabía hacer fotos.*

# PRÓLOGO

LOS  
PAISAJES  
ESPAÑÓLES  
DE  
PICASSO

---

CECILIA ORUETA



**E**ste trabajo fotográfico, en el que he empleado tres años, surgió de mi descubrimiento de la estancia de Pablo Picasso en La Coruña, la más desconocida por parte de sus admiradores y por el público en general.

**M**i idea inicial, tras ese descubrimiento, fruto de un viaje a la ciudad gallega, fue investigar fotográficamente sobre la relación de la obra del joven Picasso con el paisaje urbano coruñés, al que pocas veces se alude como referencial en él, pese a haber sido determinante en su vocación de pintor, pues en la ciudad gallega comenzó a pintar en serio e hizo sus dos primeras exposiciones siendo adolescente aún. En mi investigación fotográfica de ese paisaje me ayudaron las propias cartas del pintor, en las que manifestaba sus sueños y sus temores adolescentes, así como el crecimiento de su vocación artística, y los testimonios orales y escritos que del pintor se conservan al cabo de más de un siglo tanto en el Instituto da Guarda, en el que su padre ejercía de profesor de Dibujo y en el que el adolescente Picasso estudió durante los cuatro años que su familia permaneció en la ciudad coruñesa, como en el museo dedicado a él en el mismo lugar en la que esta tuvo su casa y en otros puntos de aquella en los que permanece el eco de las idas y venidas del pintor antes de que abandonara un lugar que tanta huella

dejaría en él, como reconocería toda su vida. No en vano en La Coruña dejó enterrada, en el cementerio de San Amaro, al pie de la Torre de Hércules (la Torre de Caramelo a la que los dos hermanos se referían), a Conchita, la hermana por cuya salvación Picasso juró que dejaría de pintar, y no en vano en la ciudad gallega, que abandonó con quince años junto con su familia el año 1895, afianzó su vocación artística y su carácter inquieto, ese que le llevaría por diferentes sitios de España antes de instalarse definitivamente en París.

**E**sa primera investigación fotográfica de las huellas de Picasso en La Coruña y de la ciudad en él y en su obra, se convirtió para mí muy pronto en el embrión de un proyecto más ambicioso, que es al que me he dedicado durante los años 2013 al 2015: recorrer los otros paisajes, seis en total, que junto con el de La Coruña marcarían la vida y la obra del pintor español más universal; es decir, rastrear la huella de esos paisajes en su iconografía, en su carácter y hasta en su pincelada.

**A**sí, poco a poco, he ido trabajando en Málaga, la ciudad en la que el pintor nació y cuya luz le marcó para siempre como sucede con todos los artistas, desde Machado («Esos días azules / y ese sol de la infancia») a Albert Camus («El sol que reinó

sobre mi infancia me privó de todo resentimiento»), pasando por Madrid, donde vivió un año, el de 1897-1898, combinando su asistencia a las clases de Dibujo en la Academia de Bellas Artes de San Fernando con los vagabundeos por una ciudad en la que nunca llegó a sentirse a gusto, salvo en el Museo del Prado, en el que tanto aprendió, según manifestaría él mismo; Barcelona, la ciudad que junto con París mejor y más tiempo le acogió, la prueba es la cantidad de obras que en ellas hizo y los dos pueblos catalanes a los que se escapó a pintar desde la ciudad condal por algunos breves períodos de tiempo: Horta de San Juan, en Tarragona, cerca de Gandesa, donde pasó un año entero recuperándose de una enfermedad, ayudando en las labores agrícolas a los campesinos y pintando los colores de la garriga mediterránea en plena naturaleza («Todo lo que sé lo aprendí en Horta», llegaría a manifestar el pintor con el tiempo), y Gósol, en el Pirineo de Lérida, donde se estableció un verano junto a su amante en aquel momento, Fernande, antes de trasladarse definitivamente a París. La influencia de esos paisajes, la memoria del pintor en ellos, su influencia en la paleta y en la mirada al mundo de Picasso, es lo que he pretendido fotografiar en este trabajo en el que, aparte de esos paisajes, me he servido de la obra del pintor y

de los abundantísimos testimonios a ese respecto tanto del propio pintor como de los estudiosos de su vida y su pintura, que son muchísimos.

**S**i hay un pintor español que, junto con Velázquez y Goya, haya despertado el interés mundial, es Picasso; de ahí que su trayectoria haya sido y siga siendo seguida por mucha gente. Mi aportación fotográfica, por eso mismo, ha tratado de ser respetuosa y personal, buceando en la relación profunda entre su obra y su biografía, entre su iconografía y sus obsesiones y los paisajes y los lugares en los que los desarrolló. Las fotografías que se acompañan sirven de ejemplo de lo descrito y pertenecen sucesivamente a los seis paisajes españoles en los que se reflejó el alma de Picasso.

LOS  
PAISAJES  
ESPAÑÓLES  
DE  
PICASSO

MÁLAGA. RAFAEL INGLADA  
A CORUÑA. MANUEL RIVAS  
MADRID. JULIO LLAMAZARES  
HORTA DE SAN JUAN. EDUARD VALLÈS  
BARCELONA. EDUARDO MENDOZA  
GÓSOL. JÈSSICA JAQUES

*«Debía (de) tener diez años cuando mi padre me llevó a ver torear a Lagartijo. —Los toros eran entonces diferentes, descomunales y embestían contra los caballos por lo menos veinte veces. Los caballos caían como moscas, con sus tripas por todas partes. Era horrible. Aquellos días eran diferentes».*

MÁLAGA  
el sol de la infancia

UN  
SUAVE  
VIENTO:  
MÁLAGA  
Y  
PICASSO

---

RAFAEL INGLADA



*A Cecilia Orueta*

**E**n más de una ocasión he hablado de Málaga como el «paraíso perdido» de la infancia de Picasso. Siempre he empleado este término miltoniano porque, en realidad, lo que quedó en ella del artista fueron los diez primeros años de su vida en la Plaza de la Merced, seguidos de unos cuantos veranos en los montes que circundan su ciudad natal y el paso del XIX al XX, esto es, de diciembre de 1900 a enero de 1901, fechas en las cuales vino, por vez postrera, a recorrer las calles de la tierra que lo viera nacer una noche de octubre de 1881.

**E**n realidad, no fue hasta los tardíos años cincuenta, en pleno auge del franquismo, cuando personalidades locales como Juan Temboury y entidades como la Real Academia de Bellas Artes de San Telmo comenzaron a virar sus miradas hacia aquella universal figura que vivía en el sur de Francia. Picasso, dicho *grosso modo*, se dejaba querer por sus paisanos —que tantos años lo habían recluso en el más completo ostracismo—, superponiendo ante todo un amor filial y un deseo, que siempre fue permanente, de regresar a sus raíces.

**E**s cierto que en sus primeras obras conocidas late la ciudad. El *Crepúsculo en el puerto de Málaga* y el óleo conocido como *El picador amarillo*, pintados ambos cuando tenía unos nueve años, son los ejemplos que conservamos de alguien que quería ser ante todo pintor, y que imitaba a su padre —profesor en la Escuela de Bellas Artes— con toda la inocencia posible, pero a la vez con todo el riesgo que suponía hacer una marina, con la torre de la catedral y los barcos fondeando las aguas (el mismo tan abordado por los pintores de la ciudad) y una figura montada sobre un caballo junto a la barrera en una plaza atestada de gente.

**S**on, sin embargo, y esto es lo importante, las pruebas iniciales, las claves de un artista que se decantaría luego por el tema paisajístico, pero sobre todo por el mundo de la tauromaquia. No podemos comprender la pasión de Picasso por los toros sin aquellas visitas al coso de La Malagueta. Es más: su propensión durante décadas a acudir a las corridas del Midi francés resultaba, al fin y al cabo, una vuelta a sus lares, a la España que había dejado de pisar en 1934.

Picasso vivió en Málaga rodeado de arte, de pintura, de estudios cargados de cuadros de historia, panoplias y disfraces que los artistas conservaban para sus presuntas obras cumbres. Y aquí estaba abierta la citada Escuela de Bellas Artes, de la que su progenitor, José Ruiz Blasco, fue uno de sus primeros alumnos y luego profesor de la misma. Clases a la luz de las lámparas de gas, de viejas estufas que caldeaban a duras penas los crudos inviernos de las aulas, con hileras de baldas de madera en donde se exponían las esculturas en yeso. Aquí, la aguerrida cabeza con casco de un soldado, el fragmento de una mano, de un ojo, el friso con ramas de flores que daban sus luces y sus sombras. Allá, la copia de la pudorosa *Venus de Milo*, la del fauno danzante con sus platillos, la del hermoso auriga hierático, entregado desnudo a la Naturaleza, o la descabezada Samotracia desplegando sus alas para saltar hacia no se sabe bien qué libertad. Y entre las esculturas figuraba, además, un Hércules con una maza, cuya copia recogió don José para decorar el pasillo de su domicilio de la Plaza de la Merced, lugar en donde el niño Pablo tembló, por vez primera, ante la inmensidad de los héroes griegos, que tantas veces lo acompañarían en su producción, acaso en rito de fuerza y de sexualidad, acaso en la apacible entrega de la silente modelo a la vista penetradora de un *voyeur*.

**E**s el niño de la plaza —como recordó en un poema la poeta María Victoria Atencia— «guardando en los bolsillos / de su babero a rayas un trigo de reclamo». Plaza en donde aún se yergue, imperturbable, el obelisco que custodia los restos del liberal José María de Torrijos, fusilado en las playas de San Andrés en un aciago diciembre de 1831. Héroe nuestro que cada año, en este mismo albero, lo recordaba el pueblo llano para conmemorar el infausto acontecimiento al son de las charangas, bandas municipales, freidurías de buñuelos en carromatos ambulantes y farolillos de verbena.

**A** Picasso lo embriagaron desde niño las amantes, los palomares de su padre —cuyas palomas convirtió con un simple aleteo del buril en símbolo de la Paz— y la fiereza del toro en medio de la plaza, de la cual él supo captar el sonido de los clarines y toda la tragedia contenida que condensaban aquellas tardes de fiesta y de gloria, tardes que lo retraerían luego a su niñez y a su adolescencia españolas.

**F**ue en Málaga en donde el pintor creció, en una casa rodeado de mujeres (la abuela, la madre, las hermanas, las tías, las primas, las criadas...),

entre las que alzó su cetro como un único rey, el varón omnipresente, el pequeño dios con su báculo —como él mismo se autorretrató en 1968 para la *Suite 347*— que hacía cuanto le convenía, centro de las miradas y él mirada sobre los demás, con aquellos ojos abiertos, fijos, sagaces, que todo lo captaban para amarlo, transformarlo y destruirlo.

**P**ero lo que realmente caló de Málaga en Picasso fueron los sabores, los olores de los productos de su tierra. Aromas de sus primeros años de vida que él llevó a sus lienzos —como *La botella de Málaga*, de 1919— y sobre todo, como poeta, a sus escritos, en donde laten tantísimos recuerdos y fragancias de una Málaga añorada: «roscas de vino miel», «boquerones y chanquetes», «caja de pasas rellena de toreros», «olor de sardinas que en la playa bailan la danza del fuego», «caracolas de bizcocho y churro malagueño», «el borrachuelo hecho con aguardiente harina anís azúcar»..., receta esta que, él mismo decía, tanto le gustaba «cuando yo era aún niño hace ya tanto tiempo».

**P**icasso se asoma a los balcones de la plaza, y todavía nada le impide abrazar al mundo, ni nosotros admirarlo desde una atalaya, desde el *flash*

de una fotografía. Tardes añil y rumores de aquellos viejos tiempos de chistera y polisón de fines del XIX que se resumen en una única frase del maestro:

« Yo he nacido de un padre blanco y de un pequeño vaso de agua de vida andaluza yo he nacido de una madre hija de una hija de quince años nacida en Málaga en los Percheles el hermoso toro que me engendra la frente coronada de jazmines».

